

► Hoja informativa editada por la Asociación de la Prensa de La Rioja. Plaza de San Bartolomé, 5. Logroño (La Rioja). Viernes, 24 de enero de 2014. Edición especial.



Julia

En Julia no hay terrorismo ni en su verbo ni en su prosa, sino agudeza plástica, lo que se llama ironía, con una pizca de cachondeo existencial

Julia Cibrán en su época de periodista de calle. Foto Herce.

Desde que me fui de Logroño, que sí he debido irme porque hasta ahora nadie me había invitado a volver, no he dejado de pensar en Julia. Pasa con el primer flechazo. Así que encuentro dos motivos de agradecimiento hacia esta querida Asociación de la Prensa: mi inopinado regreso y que éste escondía, como señuelo, hablar de Julia. Mi vida capicúa, Julia al principio, Julia al final, aunque no sea igual 20 que 60.

Reconozco que construir su pensamiento con mi memoria de hace 40 años, ha sido un reto. Hasta una osadía por mi parte, lo sé. Pero ha rejuvenecido mi espíritu libre y me ha llenado de alocada irreverencia. Esa es mi Julia: iconoclasta.

Buceando en intelectuales, dejando de lado a Arguñano, llegué a la conclusión de que el método para analizar la personalidad de Julia era la síntesis: meter en el mismo saco sus entrañas indómitas de periodista y escritora. Y como garantía de severidad, consulté la historia. Busqué gente que tuvieran ese punto del dislate que adorna al genio y lo distingue del resto de los mortales. Arzak había dicho ya que “con la utopía se alcanza el liderazgo”, un magnífico ejemplo de síntesis y un venturoso hallazgo filosófico asomado a un puchero.

Me topé con Nerón, un hombre expeditivo, que incendia Roma, descontento con la fealdad de las construcciones y la suciedad de sus calles. Ejemplo de refinamiento y perfil renovador. Consideré al romano un tipo entrañable, que toca la lira mientras arde Roma y que como Neruda, como poeta, como Julia, llegado al vértice del imperio más para cantar que para convencer.

A Julia le hubiese gustado pertenecer a esa época, en la que los déspotas eran

poetas y no registradores de la propiedad. Hasta los espartitas, cuyo servicio militar llegaba a los 60 años, eran educados en la música. La sofisticación alcanzaba al terrorismo. Agripina, mujer de Calígula, que logra casarse con el nuevo emperador Claudio, decide precipitar la muerte de su esposo y ordena al eunuco, que servía y probaba la comida de su marido, que le suministre un plato de setas, su manjar predilecto. ¡Qué instinto riojano de la Historia! ¡Qué forma de morir más apegada al terruño! ¡Qué chavala, esa Agripina! Julia cree, como Agripina y como yo, que hasta la infamia habría que elevarla a la excelencia, porque las formas no deben ser sólo patrimonio de los justos. Hace mucho que Julia y yo descubrimos la supremacía de la modestia. Hace mucho que ambos tomamos partido por las mujeres y los pobres. De ahí nuestro pesimismo natural y nuestra rabia con los poderosos.

Hasta cuando Julia pega, lo hace sin estropicio y con sutileza. Dispara contra la impostura y, como Jenofonte, que para cargarse a Claudio, con su misma y culta delicadeza, utiliza pluma y no el estilete. Julia mata a golpes de soneto. En Julia no hay terrorismo ni en su verbo ni en su prosa, sino agudeza plástica, lo que se llama ironía, con una pizca de cachondeo existencial. Celebramos ambos la galantería, convencidos de que, de esta manera, celebramos a especie humana, seguros de que la elegancia y la buena educación no son patrimonio de la burguesía.

¿Es admisible el terrorismo cultural? Nerón actuó por primera vez en Nápoles. Cantó durante varios días, incluso en el tiempo que duró el terremoto que sacudió la ciudad. Con tal fervor, que mientras actuaba no permitió que nadie abandonara el teatro, por lo que algunas mujeres die-

ron a luz durante su espectáculo y muchos espectadores, agotados, se vieron obligados a escapar saltando los muros, o fingir que habían muerto para que fuesen retirados sus cadáveres. Robert Duval, responde a la pregunta: “Odio a los columnistas. ¿Por qué tengo tantos columnistas? Tengo columnistas políticos invitados, columnistas célebres, lo único que me falta es un columnista muerto, y eso sí que me vendría bien. ¿Sabes lo que tendrían que hacer nuestros columnistas? Cerrar el putito pico”.

La historia enseña el camino, y Suetonio recoge de Nerón la famosa frase de su despedida, después de que Afroditto le ayudara a hundir el puñal en su garganta: “¡Qué gran artista muere conmigo!”. Tu jubilación, mi querida Julia es, en verdad, también, una desgracia homérica: ¡Qué gran artista desaparece contigo!

Julia no se impone a nadie. Ha puesto en valor que en cada notario hay un alma de poeta. Ya digo, vagó por los pueblos de su querida Rioja, para realizar su gran obra: ‘La Rioja pueblo a pueblo’, en la que imparte consejos para la vida y remedios contra el cacique.

A amor es el periodismo y su amante la literatura. Se dedicó a contar historias reales que, como decía García Márquez, son las más difíciles de creer. Ha escrito: “Es nuestra tierra. Y nos podría parecer mejor. Ya dejó dicho el escritor Sánchez Mazas que la Rioja cumple la posible perfección en esta vida que consiste en que todo ande bastante bien: “La historia una es hoy y se desarrolla ahora. Es nuestro canchal de cada día, de cada jornada de trabajo y del llanto del desequilibrio socioeconómico”. ¡Julia, cuando escribe, es homérica!

De su maestría, que hable ella:

... “Brotó aquí, bajo el conjuro de algún cabo de varas en Moisés de segunda versión, el río Tuerto. El Manantial. Estreñido y mezuquino, no da para grandes cascadas”.

... “El pueblo fue perdiendo personajes en los años del hambre, como el pastor Fontecha que hacía cantar a los perros”.

... “En veinte años, no más, la población quedó reducida a la mitad. Los audaces, los desheredados, los que primero se cansaron de rascar la tierra para nada, se fueron”.

Es su gran personalidad, traspasada por la sabiduría popular, que siempre, en Julia, fue sencillez. Utiliza la claridad, que en ella resulta clarividencia, para defenderse de los ignorantes. Anatemiza contra los imbéciles. Pero nunca a tenido que disculparse ante nadie, porque su elegancia forma parte de su elocuencia. Además, ya dijo Schiller que contra la estupidez los mismos dioses combaten en vano. Anida en ella la preocupación de que, frente al malvado, el tonto nunca descansa.

Tenemos la cara y el cuerpo que los años han tallado, lo acepto. Pero no acepto que hayamos perdido las emociones”. Eso indica que la normalidad no nos hace dichosos. Lo mismo que John Forbes Nash, el esquizofrénico premio Nobel de Economía que inspiró la película ‘Una mente prodigiosa’, confieso que soy más feliz loco que cuerdo. La locura empieza cuando descubres una segunda realidad en tu mente y, a veces, la eliges porque te hace más feliz que la realidad. ¿No te parece, Julia?

¿Por qué Julia y yo acabamos por abrazar la izquierda y la demencia? Entiendo que se trata de un hecho inevitable al dedicarnos a los asuntos humanos; que dejó dicho Cipolla, se hallan, por consenso unánime, en estado deplorable. Y en la seguridad de que los hombres no somos iguales: unos nacen estúpidos y otros no, por voluntad inescrutable de la divina Providencia.

Julia está traspasada del espíritu de sus predecesores poetas o intelectuales, pero también, y es lo más grande, de la gente corriente. Decía Thomas Morsen que para las naturalezas fastuosas, como la suya, el cometido más difícil consiste en reconocer sus límites en el pináculo del conocimiento. Yo pienso que Julia pertenece más a la escuela de Stevenson, cuando dice que nuestro cometido en la vida no consiste en triunfar sino en caer continuamente con el espíritu sereno. No puedes controlar lo que te sucede, pero sí lo que te afecta.

A Julia, la veo en mi memoria, racial, como a Napoleón, cuando se dirige a sus soldados y les grita: “Soldados del 5º, ¿me conocéis? Soy vuestro emperador. Quien quiera, puede disparar”.

Almas como la suya sólo persiguen ser narradas, tatuadas en las rocas de la eternidad. Un alma que no ha sido escrita es como si jamás hubiese existido. Contra la fugacidad, la letra. Contra la muerte, el relato, hubiera dicho mi admirador Eloy Martínez, de haber escrito ‘Santa Julia’, en lugar de ‘Santa Evita’. Brindo por mi ‘Santa Julia’.

JOSÉ LUIS PEÑALVA

